

A large, intricate embossed decorative element at the top of the cover, featuring a central figure with wings and a crown, surrounded by floral and geometric patterns.

Rubén Darío

Poemas



E LEJANDRIA

Poemas

Rubén Darío

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de
dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

PRÓLOGO

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el *steamer* despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de sanidad. El ladrante slang yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos aromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventradas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: *all right*. Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta

de sus costas, y Staten Island, como en el marco

de una viñeta, se presentaba en su hermosura,

tentando al lápiz, ya que no, por falta de sol, a la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agru-pan los pasajeros: el comerciante de gruesa

panza, congestionado como un pavo, con en-corvadas narices israelitas; el clergyman hueso-

so, enfundado en su largo levitón negro, cubier-

to con su ancho sombrero de fieltro, y en la

mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa

gorra de jockey, y que durante toda la travesía

ha cantado con voz fonográfica, al són de un

banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé,

y que, aficionado al box, tiene los puños de tal

modo, que bien pudiera desquijarrar un rinoce-

ronte de un solo impulso... En los Narrows se

alcanza a ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantando sobre su cabeza

la antorcha simbólica, queda a un lado la gigan-

tesca Madona de la Libertad, que tiene por

peana un islote. De mi alma brota entonces la

salutación:

«A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti,
Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas ma-
mas de bronce alimentan un sinnúmero de al-
mas y corazones. A ti, que te alzas solitaria y
magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de
mi *steamer*, prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave:

Good morning! Yo sé, divino icono, ¡oh, magna
estatua!, que tu solo nombre, el de la excelsa
beldad que encarnas, ha hecho brotar estrellas
sobre el mundo, a la manera del *fiat* del Señor.

Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que
iluminan el vuelo del

águila de América, de esta tu América formi-
dable, de ojos azules. Ave, Libertad, llena de
fuerza; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pe-
ro, ¿sabes?, se te ha herido mucho por el mun-
do, divinidad, manchando tu esplendor. Anda
en la tierra otra que ha usurpado tu nombre, y
que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las
incomparables
flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi

sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro, Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Ro-

deada de islas menores, tiene cerca a Jersey; y agarrada a Brooklyn con la uña enorme del puente, Brooklyn, que tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud! Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de

pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y que el

martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres produciendo un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del mons-

truo, recuerdo la ciudad, que vio en el poema

bárbaro el vidente Thogorma:

Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles de fer dont s'enroulaient des spirales des tours et des palais cerclés d'arain sur des blocs lourds; ruche énorme, géhenne aux lugubres entrailles où s'en-gouffraient les Forts, princes des anciens jours.

Semejantes a los Fuertes de los días antiguos,

viven en sus torres de piedra, de hierro y de

crystal, los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan,

braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la

fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna

electoral. El edificio Produce Exchange, entre

sus muros de hierro y granito, reúne tantas

almas cuantas hacen un pueblo... He allí Bro-

adway. Se experimenta casi una impresión do-

lorosa; sentís el dominio del vértigo. Por un

gran canal, cuyos lados los forman casas mo-
numentales que ostentan sus
cien ojos de vidrio

y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes,
corredores, caballos,

tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vesti-

dos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su her-

vor continuo, llega a sentirse la angustia de

ciertas pesadillas. Reina la vida del hormigue-

ro: un hormiguero de percherones gigantescos,

de carros monstruosos, de toda clase de vehícu-

los. El vendedor de periódicos, rosado y risue-

ño, salta como un gorrión, de tranvía en tranv-

ía, y grita al pasajero *¡intanrsooonwoood!*, lo que quiere decir, si gustáis comprar cualquiera de

esos tres diarios, el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de

los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada

momento un choque, un fracaso, si no se cono-

ciese que este inmenso río que corre con una

fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud

de una máquina. En lo más intrincado de la

muchedumbre, en lo más convulsivo y crespo

de la ola en movimiento, sucede que una lady

anciana, bajo su capota negra, o una miss rubia,

o una nodriza con su bebé, quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento policeman alza la

mano; detiéndose el torrente; pasa la dama; ¡all

right!

«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces

calibanes...», escribe Peladan. ¿Tuvo razón el

raro Sar al llamar así a estos hombres de la

América del Norte? Calibán reina en la isla de

Manhattan, en San Francisco, en Boston, en

Washington, en todo el país. Ha conseguido

establecer el imperio de la materia desde su

estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis

del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chi-

cago. Calibán se satura de wishky, como en el

drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y

crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni

martirizado por ningún genio del aire, engorda

y se multiplica. Su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos pode-

rosos monstruos algún sér de superior natura-

leza, que tiende las alas a la eterna Miranda de

lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él a Sicorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muer-

te...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella,
alma, dulce reina mía, tan presto ida para
siempre, el día en que, después de recorrer el
hirviente Broadway, me puse a leer los versos
de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y
legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y
he visto desfilan la procesión de sus castas
enamoras a través del polvo de plata de un
místico ensueño? Es porque tu eres hermana de
las liliales vírgenes, cantadas en brumosa len-
gua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de
los poetas malditos. Tú como ellas eres llama
del infinito amor. Frente al balcón, vestido de
rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu
faz de generosos y profundos ojos, pasan tus
hermanas y te saludan con una sonrisa, en la

maravilla de tu virtud, ¡oh, mi ángel consolador; oh, mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia, de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al Cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Francés, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fué vista por la primera vez a la luz de perla de la Luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del Cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, mediatriz, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidos, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a

la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aun que el buitre esquiliano,
sentado sobre el busto

de Palas, tortura el corazón del desdichado,

apuñaleándole con la monótona palabra de la

desesperanza. Así tú para mí. En medio de los

martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si
partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida

de tu sér inmortal, cuando las fuerzas me faltan

o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco.

Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí

el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nom-

bre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un
incomparable guía, y por

claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

EL HOMBRE

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para

que su nombre y su obra no sean a la continua

recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano, críticos,

ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó

la vida del hombre; nada puede aumentar la

gloria del soñador maravilloso. Por cierto que

la publicación de aquel libro, cuya traducción a

nuestra lengua hay que agradecer al Sr. Mayer,

estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los

aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor, el odioso farrago del canino

Griswold? La infame autopsia moral que se

hizo del ilustre difunto debía tener esa bella

protesta. Ha de ver ya el mundo libre de man-

cha al cisne immaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que

ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un

extraño misterio. Nacido en un país de vida

práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota

imaginación tan estupenda. El dón mitológico parece nacer en él por lejano atavismo, y vese

en su poesía un claro rayo del país del sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace

en él el alma caballeresca de los Le Poer alaba-

dos en las crónicas de Generaldo Gambresio.

Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327

este terrible insulto al caballero Mauricio de

Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña, que

es el prólogo de guerra sangrienta.

Cinco siglos después, un descendiente del pro-

vocativo Arnoldo, glorificará a su raza, erigien-

do sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe; ciertamente, no in-

teresa sino a «aquellos que tienen gusto de ave-

riguar los efectos producidos por el país y el

linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio» según las

palabras de la noble Sra. Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos

los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que llevan su apellido en la tierra del honorable padre de su patria Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo

sir Rogerio, que batalló en compañía de

Strongbow, un osado, sir Arnoldo, que defen-

dió a una *lady*, acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre *Condesa* del tiempo de Cromwell; y pasado sobre enredos genealógicos antiguos, un General de los Estados Uni-

dos, su abuelo. Después de todo, ese sér trágico,

de historia tan extraña y romancesca, dio su

primer vagido entre las coronas marchitas de

una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio

del más ardiente amor. La pobre artista

había quedado huérfana desde muy tierna

edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y

de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable dón de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe, que después de su muerte publicaron.

Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los *Cuentos extra-*

ordinarios, y el grabado por R. Loncup, para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En

ambos, Poe ha llegado ya a la edad madura. No

es, por cierto, aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Stannard, quedó trémulo

y sin voz como el Dante de la *Vita Nuova*....

Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por

sus propias desgarradas carnes cómo hieren las

asperezas de la vida. En el primero, el artista

parece haber querido hacer una cabeza simbóli-

ca. En los ojos, casi ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha in-tentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al *unhappy Master*, más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de

tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago

gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica

en donde se entronizó la palidez fatal del su-

frimiento, pintan al desgraciado en sus días de

mayor infortunio, quizá en los que precedieron

a su muerte. Los otros retratos, como el de Hal-

pin para la edición de Amstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que

nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clark. Nada más cierto que la observación de Gautier:

«Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene, sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.»

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza.» Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos.

Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito.»

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tedio-

sa y hastiada.» Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana, quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....». Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache: el iris acero gris, poseía una cristalina claridad

y transparencia, a través de la cual la pupila negra azabache se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello.—¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!—me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verle darse vuelta lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando».

La misma agrega: «Usaba un bigote negro, es-meradamente cuidado, pero que no cubría

completamente una expresión ligeramente con-

traída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible, y sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo». Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. ¿Apolo, el crinado numen

lírico, no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron,

Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por

amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El Sr. Allan—cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta—jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las

veladas de su *home*, fuese más tarde un egregio príncipe del Arte. En Poe reina el *ensueño* desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brondeby es

para él como un lugar fantástico que despierta

en su sér extrañas reminiscencias; después, en

la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella

morada y del viejo profesor han de hacerle

producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su *ensueño* está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América,

vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond,

en donde al mismo tiempo que se nutre de

clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y des-cuella intelectual y físicamente entre sus com-

pañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al

hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido

la hiel que tuvo que devorar este sér exquisito,

humillado por un origen del cual en días poste-

riores habría orgullosamente de gloriarse? Son

esos primeros golpes los que empezaron a cin-

celar el pliegue amargo y sarcástico de sus la-

bios. Desde muy temprano conoció las ase-

chanzas del lobo racional. Por eso buscaba la

comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio, sobre todo, y detesto este

animal que se llama Hombre», escribía Swift a

Poe. Poe, a su vez, habla «de la mezquina amis-

tad y de la fidelidad de polvillo de fruta (gos-

samer fidelity) del mero hombre». Ya en el libro

de Job, *Eliphaz Themanita*, exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y

vil que bebe como

la inquietud?»).

No buscó el lírico americano el apoyo de la ora-

ción; no era creyente, o, al menos, su alma esta-

ba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración.

«Hasta su misterio es matemático para su pro-

pio espíritu». La Ciencia impide al poeta pene-

trar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la con-

dición algebraica de su fantasía, hácele produ-

cir tristísimos efectos cuando nos arrastra al

borde de lo desconocido. La especulación fi-

losófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus

obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces

está escrito el nombre de Cristo. Profesaba, sí,

la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo

inexorable. En él la ecuación dominaba a la

creencia, y aun en lo referente a Dios y sus tri-

butos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración; olvidando la profunda

afirmación filosófica: *Intellectus noster sic ¿de habet? ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertillionis ad solem.* No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como Creador de

la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En

la narración de la metempsícosis de Ligeia hay

una definición de Dios, tomada de Granwill,

que parece ser sustentada por Poe: Dios no es

más que una gran voluntad que penetra todas

las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas

palabras: «Si las cosas mismas no determinan el

fin para sí, porque desconocen la razón del fin,

es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinante de la Naturaleza. Este es

el que previene todas las cosas, que es ser por sí mismo necesario, y a éste llamamos Dios...» En

la *Revelación Magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk —que, como casi

todos los personajes de Poe, es Poe mismo—

afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero

agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios

en estado de reposo, es en lo que entra en nues-

tra comprensión, lo que los hombres llaman

espíritu». En el diálogo entre Oinos y Agathos

pretende sondear el misterio de la divina inteli-

gencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida

sombra de la Muerte, produciendo, como po-

cos, extraños vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

Rubén Darío.

POEMAS

ANNABEL LEE

Hace ya bastantes años, en un reino más
allá de la mar vivía una niña que podéis co-
nocer
con el nombre de Annabel Lee. Esa niña
vivía sin ningún otro pensamiento que
amarme y ser amada por mí.

Yo era un niño y ella era una niña en ese
reino más allá de la mar; pero Annabel Lee
y yo nos amábamos con un amor que era
más
que el amor; un amor tan poderoso que los
serafines del cielo nos envidiaban, a ella y a
mí.

Y esa fué la razón por la cual, hace ya bas-
tante
tiempo, en ese reino más allá de la mar

un soplo descendió de una nube, y heló a mi

bella Annabel Lee; de suerte que sus padres vinieron y se la llevaron lejos de mí para en-cerrarla

en un sepulcro, en ese reino más allá de

la mar.

Los ángeles que en el cielo no se sentían ni

la mitad de lo felices que éramos nosotros,

nos

envidiaban nuestra alegría a ella y a mí. He

ahí

porque (como cada uno lo sabe en ese reino

más allá de la mar) un soplo descendió des-

de

la noche de una nube, helando a mi Annabel

Lee.

Pero nuestro amor era más fuerte que el

amor de aquellos que nos aventajan en edad

y en saber, y ni los ángeles del cielo ni los

demonios

de los abismos de la mar podrán separar
jamás mi alma del alma de la bella Annabel Lee.

Porque la luna jamás resplandece sin traer-
me
recuerdos de la bella Annabel Lee; y cuando
las estrellas se levantan, creo ver brillar los
ojos de la bella Annabel Lee; y así paso lar-
gas
noches tendido al lado de mi querida,—mi
querida, mi vida y mi compañera,—que
está acostada en su sepulcro más allá de la
mar,
en su tumba, al borde de la mar quejumbro-
sa.

1849.

A MI MADRE

(Soneto)

Porque siento que allá arriba, en el cielo, los
ángeles que se hablan dulcemente al oído,
no
pueden encontrar entre sus radiantes pala-
bras
de amor una expresión más ferviente que la
de
«madre», he ahí por qué, desde hace largo
tiempo os llamo con ese nombre querido, a ti
que eres para mí más que una madre y que
llenáis el santuario de mi corazón en el que
la
muerte os ha instalado, al libertar el alma de
mi Virginia. Mi madre, mi propia madre,
que
murió en buena hora, no era sino mi madre.
Pero vos fuisteis la madre de aquella que
quise
tan tiernamente, y por eso mismo me sois
más querida que la madre que conocí, más querida que todo, lo mismo que

mi mujer

era

más amada por mi alma que lo que esta

misma

amaba su propia vida.

PARA ANNIE

¡Gracias a Dios! la crisis, el mal ha pasado y la lánguida enfermedad ha desaparecido por fin, y la fiebre llamada «vivir» está vencida.

Tristemente, sé que estoy desposeído de mi fuerza, y no muevo un músculo mientras estoy

tendido, todo a lo largo. Pero, ¿qué importa?

Siento que voy mejor paulatinamente.

Y reposo tan tranquilamente, en el presente, en mi lecho, que a contemplarme se me creería muerto, y podría estremecer al que

me

viera, creyéndome muerto.

Las lamentaciones y los gemidos, los suspiros

y las lágrimas son apaciguadas entre tanto
por esta horrible palpitación de mi corazón;
¡ah, esta horrible palpitación!

La incomodidad,—el disgusto—el cruel sufrimiento—han
cesado con la fiebre que enloquecía
mi cerebro, con la fiebre llamada «vivir»
que consumía mi cerebro.

Y de todos los tormentos, aquel que más
tortura ha cesado: el terrible tormento de la
sed por la corriente oscura de una pasión
maldita.

He bebido de un agua que apaga toda
sed.

He bebido de un agua que corre con sonido
arrullador, de una fuente subterránea pero
poco profunda, de una caverna que no está
muy lejos, bajo tierra.

¡Ah! que no sea dicho jamás: mi cuarto
está oscuro, mi lecho es estrecho; porque
jamás ningún hombre durmió en lecho igual—y
para dormir verdaderamente, es en un
lecho como éste en el que hay que acostarse.

Mi alma tantalizada reposa dulcemente
aquí,
olvidando, sin recordarlas jamás, sus rosas,
sus
antiguas ansias de mirtos y de rosas.

Pues ahora, mientras reposa tan tranquila-
mente,
imagina a su alrededor, una más santa

fragancia de pensamientos, una fragancia de
romero mezclado a pensamientos, a sabor
callejero
y al de los bellos y rígidos pensamientos.

Y así yace ella, dichosamente sumergida
en recuerdos perennes de la constancia y de
la
belleza de Annie, anegada en un beso a las trenzas
de Annie.

Tiernamente me abraza, apasionadamente
me acaricia. Y entonces caigo dulcemente
adormecido sobre su seno, profundamente
adormido
del cielo de su seno.

Y así reposo tan tranquilamente en mi le-
cho—conociendo
su amor—que me creéis muerto.

Y así reposo, tan serenamente en mi lecho,—

con

su amor en mi corazón,—que me creéis

muerto, que os estremecéis al verme,

creyéndome

muerto.

Pero mi corazón es más brillante que todas

las estrellas del cielo, porque brilla para An-

nie,

abrasado por la luz del amor de mi Annie,

por

el recuerdo de los bellos ojos luminosos de

mi

Annie....

1849.

ELDORADO

Brillantemente ataviado, un galante caballe-

ro,

viajó largo tiempo al sol y a la sombra,
cantando su canción, a la busca del Eldora-
do.

Pero llegó a viejo, el animoso caballero, y
sobre su corazón cayó la noche porque en
ninguna
parte encontró la tierra del Eldorado.

Y al fin, cuando le faltaron las fuerzas, pudo
hallar una sombra peregrina.—Sombra,—le
preguntó—¿dónde podría estar esa tierra del
Eldorado?

—«Más allá de las montañas de la Luna, en
el fondo del valle de las sombras; cabalgad,
cabalgad sin descanso—respondió la som-
bra,—si
buscáis el Eldorado....».

1849.

EULALIA

Vivía sólo en un mundo de lamentaciones y
mi alma era una onda estancada, hasta que
la bella y dulce Eulalia llegó a ser mi pudo-
rosa

compañera, hasta que la joven Eulalia, la de
los cabellos de oro, llegó a ser mi sonriente
compañera.

¡Ah! las estrellas de la noche brillan bastante
menos que los ojos de esa radiante niña!

Y jamás girón de vapor emergido en un iri-
sado

claro de luna, podrá compararse al bucle
más

descuidado de la modesta Eulalia, podrá
compararse al bucle más humilde y más
descuidado

de Eulalia, la de los brillantes ojos!

La duda y la pena no me invaden jamás, ahora, porque su alma me entrega suspiro

por

suspiro. Y durante todo el día, Astarté res-

plandece

brillante y fuerte en el cielo, en tanto que

siempre hacia ella, mi querida Eulalia, levanta

ta

sus ojos de esposa, en tanto que siempre

hacia

ella mi joven Eulalia eleva sus bellos ojos

violetas!...

1845.

UN ENSUEÑO EN UN ENSUEÑO

Recibid este beso en la frente. Y ahora que

os dejo, permitidme por lo menos confesar

esto:

no os agraviéis, vos que estimáis que mis

días

han sido un ensueño. Entretanto, si la espe-

ranza

se ha ido, en una noche o en un día,

en una visión o en un sueño, ¿se ha ido me-

nos

por eso? Todo lo que vemos o nos parece, no

es sino un ensueño en un ensueño!

Me encuentro en medio de los bramidos de

una costa atormentada por la resaca, y tengo

en la mano granos de arena de oro. ¡Cuán

poco es! ¡Y cómo se deslizan a través de mis

dedos hacia el abismo, mientras lloro, mien-

tras

lloro! ¡Dios mío, ¿no puedo retenerlos en un

nudo más seguro? ¡Dios mío!, ¿no podré salvar uno solo del cruel vacío?

¿Todo lo que

vemos o nos parece no es otra cosa que un

ensueño en un ensueño?

1849.

LA CIUDAD EN EL MAR

¡Ved! La Muerte se ha erigido un trono,
en una extraña ciudad que se levanta, solitaria,
ria,

muy lejos, en el sombrío occidente, donde
los buenos y los malos, los peores y los mejores
jores

han ido hacia la paz eterna. Allí los templos,
los palacios y las torres—torres carcomidas
por el tiempo, y que no tiemblan nunca,—no
se parecen en nada a las nuestras. A su alrededor,
dedor,

olvidadas por los vientos que no las agitan
jamás resignadas bajo los cielos, reposan las
aguas melancólicas.

Desde el cielo sagrado, ningún rayo des-
ciende

en la negra noche de esa ciudad; pero un
resplandor
reflejado por la lívida mar, invade las
torres, brilla silenciosamente sobre las alme-nas,
a lo hondo y a lo largo, sobre las cúpulas,
sobre
las cimas, sobre los palacios reales, sobre los
templos, sobre las murallas babilónicas, so-
bre
la soledad sombría y desde largo tiempo
abandonada,
de los macizos de hiedra esculpida y
de flores de piedra—sobre tanto y tanto
templo
maravilloso en cuyos frisos contorneados se
entrelazan claveles, violetas y viñas.

Bajo el cielo, resignadas, reposan las aguas
melancólicas. Las torres y las sombras se
confunden

de tal modo que todo parece suspendido
en el aire, mientras que desde una torre
orgullosa, la Muerte como un espectro gi-
gante,
contempla la ciudad que yace a sus pies.

Allá los templos abiertos y las tumbas sin lo-
sa
bostezan al nivel de las aguas luminosas; pe-
ro
ni las riquezas que se muestran en los ojos
adamentados de cada ídolo, ni los cadáve-
res
con sus rientes adornos de joyas, quitan a las
aguas de su lecho; ninguna ondulación
arruga,
¡ay de mí! todo ese vasto desierto de cristal;
ninguna ola indica que los vientos puedan
existir sobre otros mares lejanos y más feli-
ces;

ninguna ola, ninguna ola deja suponer que
han
existido vientos sobre mares menos horro-
ramente
serenos.

Pero, he ahí que un estremecimiento agita
el aire. Una onda, un movimiento se ha pro-
ducido,
allá abajo. Se diría que las torres se han
bamboleado y se hunden, dulcemente, en la
onda taciturna, como si las cimas hubieran
producido un ligero vacío en el cielo brumo-
so.

Entonces las ondas tienen una luz más roja,
las horas transcurren sordas y lánguidas. Y
cuando en medio de gemidos que no tengan
nada de terrestres, esta ciudad sea engullida
por fin y profundamente fijada bajo la mar,
todavía, levantándose sobre sus mil tronos,

el

Infierno le rendirá homenaje.

1845.

LA DURMIENTE

En el mes de Junio, a media noche me encuentro

bajo la mística luna. Un oscuro vapor de opio y de rocío se exhala de su halo de oro, y dulcemente, filtrando por la cumbre tranquila

de la montaña, resbala perezosa y armoniosamente

por el valle universal. El romero se adormece sobre la tumba, el lis se inclina hacia

la onda. Envolviéndose en la bruma se hunde en el reposo. Ved, como parecido al Leteo, el lago parece adormecerse a sabiendadas

y por nada del mundo quisiera despertar.

Toda belleza duerme. Y ved donde reposa—

su

ventana abierta a los cielos,—Irene, con sus

destinos.

—

¡Oh brillante princesa! ¿por qué dejar esa

ventana abierta a la noche? Los espíritus ju-

guetones,

desde lo alto de los árboles se filtran

a través de la persiana. Los seres incorpóre-

os,

turba de magos, revolotean a través de la

cámara

y hacen flotar las cortinas del dosel, tan

fantásticamente, tan tímidamente, por enci-

ma

de tu párpado cerrado y franjeado,—bajo el

cual

se esconde tu alma adormecida—que sobre

el piso, al pie del muro, sus sombras se le-
vantán
y descienden como una ronda de fantasmas.

Querida niña, ¿no tienes miedo? ¿Por qué,
y con qué sueñas? Has venido, ciertamente,
de
mares muy lejanos; ¿no eres una maravilla para
los árboles de ese jardín? Extraña es tu pali-
dez,
extraño tu vestido, extraña sobre todo, la
longitud de tus cabellos, y todo este silencio
solemne.

¡Ella duerme! ¡Oh! puede que su sueño sea
tan profundo como durable!; ¡que el cielo la
tenga en su santa guardia! ¡Que esta cámara
sea transformada en una más melancólica y
yo
rogaré a Dios que la deje dormir para siem-

pre,
los ojos cerrados, mientras que a su alrede-
dor
errarán los fantasmas de oscuros velos!

Mi amor: ¡ella duerme! ¡Que su sueño eterno
pueda ser profundo! ¡Que los gusanos se
deslicen
dulcemente a su alrededor! ¡Que en el fondo del bosque viejo y sombrío,
alguna gran
tumba pueda abrirse para ella, alguna gran
tumba que haya cerrado otras veces como
alas
sus negros «panneaux» triunfantes, por en-
cima
de los estandartes funerarios bordados con
las armas de su ilustre familia;—alguna
tumba
lejana y aislada contra la portada de la cual
ella haya en su infancia lanzado tantas pie-

dras

ociosas;—algún sepulcro cuya puerta sonora
no le devuelva jamás nuevos ecos, a ella, po-
bre

hija del pecado, que en otro tiempo se es-
tremecía

al pensamiento de que fueran los muertos
quienes le respondiesen gimiendo!

1845.

BALADA NUPCIAL

El anillo está en mi dedo y la corona sobre
mi frente; he aquí que poseo rasos y joyas en
abundancia, y en el presente instante soy fe-
liz.

Y mi Señor me ama bien; pero la primera
vez
que pronunció su voto sentí estremecerse mi
pecho, porque sus palabras sonaron como

un
toque de agonía y su voz se parecía a la de
aquel
que cayó durante la batalla en el fondo del
valle,
y que es dichoso ahora.

Pero habló de modo de tranquilizarme y
besó mi frente pálida. Entonces un delirio
vino
y me transportó en espíritu al cementerio. Y
pensando que mi Señor era el difunto Elor-mie,
suspiré por él que estaba delante de mi: ¡oh
yo soy dichosa ahora!

Así fueron pronunciadas las palabras, y así
fué empeñado el juramento. Y aunque mi fe
se haya apagado, y aunque mi corazón lle-
gue
a quebrarse, he ahí la dorada prenda que

prueba

que soy dichosa siempre.

¡Quiera Dios que pueda despertar! Porque
sueño no sé cómo. Y mi alma se agita dolo-
rosamente

en el temor de haber hecho mal, en
el temor de llegar a saber que el muerto
abandonado
no es feliz ahora.

1845.

EL COLISEO

¡Símbolo de la Roma antigua! ¡Suntuoso reli-
cario
de sublimes contemplaciones legadas al
tiempo por difuntos siglos de pompa y de
poderío!!

Al fin, después de tantos días de fatigante
peregrinaje y de ardiente sed,—sed de co-

rrientes

de la ciencia que yace en ti,—yo, hombre

transformado, me arrodillo humildemente

entre

tus sombras y bebo del fondo mismo de mi

alma tu grandeza, tu tristeza y tu gloria.

¡Inmensidad, y edad, y recuerdos de antes!

Silencio y desolación y profunda noche! Os

percibo ahora y os siento en toda vuestra

fuerza.

¡Oh sortilegios más eficaces que aquellos que

el rey de Judea enseñó en los jardines de

Gethsemaní!

¡Oh encantos más poderosos que los

que la Caldea encantada arrancó jamás a las

tranquilas estrellas!

Aquí, en donde cayó un héroe, cae una co-

lumna!

Aquí, en donde el águila teatral brillaba,
cubierta de oro, el oscuro murciélago
hace su aquelarre de media noche. Aquí, en
donde la cabellera dorada de las damas ro-
manas
flotaba al viento, se balancean ahora el
cardo y la caña. Aquí, en donde el monarca
se inclinaba sobre su trono de oro, el ágil y
silencioso lagarto se desliza como un espec-
tro
hacia su casa de mármol, al pálido resplan-
dor
del creciente lunar.

Pero, oíd. Esos muros, esas arcadas revestidas
de hiedra, esos zócalos musgosos, esas co-
lumnas
ennegrecidas, esos vagos relieves, esos
frisos ruinosos, esas cornisas rotas, ese nau-
fragio,

esa ruina, esas piedras grises, ¡ay! ¿es
esto todo lo que queda de famoso y de colo-
sal?

¿es esto todo lo que las horas corrosivas han
perdonado, todo lo que ellos nos han dejado
al

Destino y a mi?

«No. No es todo,—me responden los ecos,—

no

es todo. Voces fuertes y proféticas se levantan

para siempre en nosotros y en toda ruina

a la intención de los sabios, parecidas a los

himnos de Memnon al Sol! Reinamos en los

corazones de los hombres más poderosos; reinamos

con despótico imperio sobre todas las

almas gigantes. No somos impotentes noso-

tras,

pálidas piedras. Todo nuestro poderío

no ha desaparecido,—ni toda nuestra gloria,—ni
todo el prestigio de nuestro alto renombre,
ni todo lo maravilloso que nos circunda, ni
todos los misterios que moran en nosotros,—ni
todos los recuerdos que se prenden en nuestros
flancos como un vestido, envolviéndonos
con un manto que es más que la gloria!

1833.

EL GUSANO VENCEDOR

¡Ved!; es noche de gala en estos últimos
años solitarios. Una multitud de ángeles
alados,
adornados con velos y anegados en lágrimas,
se halla reunida en un teatro para contemplar

un drama de esperanzas y de temores mien-
tras
la orquesta suspira por intervalos la música
de
las esferas.

Actores creados a la imagen del Altísimo,
murmuran en voz baja y saltan de un lado al
otro; pobres fantoches que van y vienen a
órdenes
de vastas creaturas informes que cambian
la decoración a su capricho, sacudiendo con
sus
alas de cóndor a la invisible desgracia.

Este drama abigarrado—estad seguro que
no será olvidado,—con su fantasma perse-
guido
siempre por una muchedumbre que no pue-
de

atraparlo, en un círculo que gira siempre sobre
bre

sí mismo y vuelve sin cesar al mismo punto;
ese drama en el cual forman el alma de la intriga

mucha locura y todavía más pecado y
horror!....

Pero ved, a través de la bulla de los actores
como una forma rampante hace su entrada!
Una cosa roja, color sanguinolento viene retorciéndose
de la parte solitaria de la escena.

¡Cómo se retuerce! Con mortales angustias
los actores constituyen su presa, y los ángeles
sollozan viendo esas mandíbulas de gusano
teñirse en sangre humana.

Todas las luces se apagan, todas, todas.

Sobre cada forma todavía tiritante, el telón,

como un paño mortuorio, desciende con un
ruido
de tempestad. Y los ángeles, todos pálidos
y macilentos se levantan y cubriéndose
afirman
que ese drama es una tragedia que se
llama «El Hombre» de la cual el héroe es el
Gusano Vencedor....!

1838.

A ELENA

Elena, tu belleza es para mí como esas barcas
niceanas de otro tiempo que sobre una mar
profunda llevaban dulcemente al viajero,
cansado,
hacia su ribera natal.

Largo tiempo habituado a errar sobre mares
desesperados, tu cabellera de jacinto, tu
clásico

perfil, tus cantos de náyade me han trans-
portado
al corazón de aquella gloria que fué la
Grecia, de aquella grandeza que fué Roma.

¡Oh! allá abajo, en la espléndida abertura
de esa ventana, como eres parecida a una es-
tatua,

de pie, tu lámpara de ágata en la mano.

¡Oh Psiquis, tu que me has llegado de esas
regiones

que son la Tierra Bendita!....

1831.

A LA CIENCIA

Soneto

¡Oh Ciencia! tu eres la verdadera hija del
viejo tiempo, tu, cuya mirada indiscreta
transforma

todas las cosas! ¿Por qué haces tu presa

del corazón del poeta, oh buitre, cuyas alas
son

las sombrías realidades? ¿Cómo podría él
amarte? Como te creería sabia si no has
querido dejarlo vagar en sus ensueños en
busca

de tesoros en el seno de los cielos constela-
dos,

por más de que hasta allí subiera con ala in-
trépida?

¿No has arrancado Diana a su carro,
y obligado a las hamadriadas de la selva a
buscar

un asilo en alguna otra estrella más feliz?

¿No has sacado a la náyade de su ola, al elfo
de

su pradera verde y a mí mismo no me has
arrebatado

mi sueño estival bajo los tamarindos?

1829.

A LA SEÑORITA * * *

¿Qué me importa si mi suerte terrestre no encierra en mí mismo más que una pequeña cosa de esta tierra? ¿qué me importa si años de amor son olvidados en un momento de odio?

No lloro en forma alguna porque los desolados sean más dichosos que yo, pequeña, sino porque veo que os afligís por el destino de éste que no es sino un transeúnte sobre la tierra...
1829.

A LA SEÑORITA * * *

Las umbrías bajo las cuales veo, en mis ensueños,
los más traviosos pájaros cantores, son

labios; y toda la melodía de tu voz no es
hecha
sino por palabras creadas por tus labios.

De tus ojos, engastados en el santuario celes-
te
de tu corazón, caen las miradas desoladas
ahora, ¡oh Dios!, sobre mi espíritu fúnebre,
como la luz de una estrella sobre un sudario.

¡Tu corazón, tu corazón! Me despierto y
suspiro y vuelvo a dormirme para ensoñar
hasta el día de la verdad, que el oro,—capaz
de
tantas locuras,—no podrá jamás comprar.

1829.

AL RÍO

¡Bello río! en tu clara y brillante onda de
cristal, agua vagabunda, eres un emblema

del
esplendor de la belleza, un emblema del co-
razón
que no se esconde ahora, un emblema de
la alegre fantasía de arte en casa de la hija
del
viejo Alberto.

Pero mientras ella mira en tu corriente,—que
resplandece y tiembla, ¿por qué el más
hermoso de todos ríos recuerda a uno de sus
adoradores? Es porque en su corazón como
en
tu onda, su imagen está profundamente gra-
bada;
en su corazón que tiembla bajo el brillo de
sus ojos que buscan el alma!

1829.

CANCIÓN

Te vi en tu día nupcial, cuando un intenso
pudor invadía tu frente, aunque todo fuera
alegría alrededor de ti y que, delante tuyo,
no
fuera el mundo sino Amor.

En la vivificante luz que brillaba en tus
ojos,—haya
sido cual haya sido su esencia,—encontré
todo lo que mi mirada dolorosa pudo hallar
de encantador sobre la tierra.

Ese pudor no era, quizá, sino pudor virgi-
nal—pudo
muy bien pasar por tal,—aunque su esplen-
dor
haya hecho nacer una llama más impetuosa
todavía en el seno de aquel que, ¡pobre de él!
te vio en tu día nupcial, cuando tu frente se
cubría de ese rubor invencible, a pesar de

que

estuvieras rodeada de dicha y que el mundo

no fuera sino amor ante ti!

1827.

LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS

Tu alma se encontrará sola, cautiva de los
negros pensamientos de la gris piedra tum-

bal;

ninguna persona te inquietará en tus horas

de

recogimiento.

Quédate silenciosamente en esa soledad que

no es abandono,—porque los espíritus de los

muertos que existieron antes que tú en la vi-

da,

te alcanzarán y te rodearán en la muerte,—y

la sombra proyectada sobre tu cara obede-

cerá

a su voluntad; por lo tanto, permanece tranquilo.

Aunque serena, la noche fruncirá su ceño,
y las estrellas, de lo alto de sus tronos celestes,
no bajarán más sus miradas con un resplandor
parecido al de la esperanza que se concede a
los mortales; pero sus órbitas rojas, desprovistas
de todo rayo, serán para tu corazón marchito
como una quemadura, como una fiebre
que querrá unirse a ti para siempre.

Ahora, te visitan pensamientos que no ahuyentarás
jamás; ahora surgen ante ti visiones
que no se desvanecerán jamás; jamás ellas
dejarán

tu espíritu, pero se fijarán como gotas
de rocío sobre la hierba.

La brisa,—esa respiración de Dios,—reposa
inmóvil, y la bruma que se extiende como
una
sombra sobre la colina,—como una sombra
cuyo
velo no se ha desgarrado todavía,—resulta
así
un símbolo y un signo. Como logra perma-
necer
suspendida a los árboles, ese es el misterio
de los misterios!

1827.

LA ROMANZA

¡Oh romanza que gustas cantar, la frente
adormecida y las alas plegadas, entre las
hojas

verdes agitadas a lo lejos sobre algún lago
umbrío, tú has sido para mí un papagayo de
vivos colores, un pájaro muy familiar; tú
me has enseñado a leer mi alfabeto, a balbu-
cear
todas mis primeras palabras, mientras
que, niño de mirada sagaz, me hundía en
huraños
bosques.

En estos últimos tiempos, el eterno Cóndor
de los tiempos ha estremecido de tal modo
mi
cielo hasta en sus alturas, agrandando el
tumulto
producido por el pasaje y la huida de
los años, y tengo tan obstinadamente los ojos
fijos en el inquietante horizonte, que no me queda tiempo para mis dulces
ocios.

EL REINO DE LAS HADAS

Valles oscuros, torrentes umbríos, bosques
nebulosos en los cuales nadie puede descu-
brir

las formas a causa de las lágrimas que gota a
gota se lloran de todas partes! Allá, lunas
desmesuradas

crecen y decrecen, siempre, ahora,
siempre, a cada instante de la noche, cam-
biando

siempre de lugar, y bajo el hálito de sus fa-
ces

pálidas ellas oscurecen el resplandor de las
temblorosas estrellas. Hacia la duodécima
hora del cuadrante nocturno una luna más
nebulosa que las otras,—de una especie que
las

hadas han probado ser la mejor,—desciende
hasta bajo el horizonte y pone su centro so-
bre

la corona de una eminencia de montañas,
mientras
que su vasta circunferencia se esparce en
vestiduras flotantes sobre los caseríos, sobre
las
mismas mansiones distantes, sobre bosques
extraños, sobre la mar, sobre los espíritus
que
danzan, sobre cada cosa adormecida, y los
sepulta
completamente en un laberinto de luz.

Y entonces, ¡cuán profundo es el éxtasis de
ese su sueño! De mañana, ellas se levantan, y
su

velo lunar vuela por los cielos mientras se
agitan
como pálido albatros al soplo de la tempes-
tad
que las sacude como a casi todas las cosas.

Pero cuando las hadas que se han refugiado

bajo esa luna de la que se han servido, por
así
decirlo, como de una tienda, la dejan, no
pueden
jamás volver a encontrar abrigo. Y los áto-
mos
de ese astro se dispersan y se convierten
bien
pronto en una lluvia, de la cual las maripo-
sas
de esta tierra, que buscan en vano los cielos
y vuelven a descender,—¡criaturas jamás
satisfechas!—nos devuelven partículas a ve-
ces
sobre sus alas estremecidas.

1831.

EL LAGO

—

En la primavera de mi juventud, fué mi des-
tino

no frecuentar de todo el vasto mundo sino
un solo lugar que amaba más que todos los
otros,
tanta era de amable la soledad de su lago
salvaje,
rodeado por negros peñascos y de altos
pinos que dominaban sus alrededores.

Pero cuando la noche tendía su sudario so-
bre
ese lugar como sobre todas las cosas, y se
agregaba
el místico viento murmurando su melodía,
entonces, ¡oh, entonces se despertaba
siempre en mí el terror por ese lago solitario!

Y sin embargo ese terror no era miedo, sino
una turbación deliciosa, un sentimiento que
ninguna mina de piedras preciosas podría inspirarme
o convidarme a definir, ni el amor

mismo, aunque ese amor fuera el tuyo.

La muerte reinaba en el seno de esa onda
envenenada, y en su remolino había una
tumba

bien hecha para aquel que pudiera beber en
ella un consuelo a su imaginación taciturna,
para

aquel cuya alma desamparada pudiera
haberse

hecho un Edén de ese lago velado.

1827.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Era en el corazón del verano y en medio de
la noche. Las estrellas marchando en sus
órbitas

brillaban con un pálido resplandor a través
de la luz más viva de la fría luna, mientras
que

ésta, rodeada de los planetas, sus esclavos,
lanzaba desde lo alto de los cielos, sus rayos
sobre las olas.

Yo contemplaba su triste sonrisa, demasiado
fría, demasiado fría para mí. Una nube oscu-
ra

vino a pasar, semejante a un sudario, y fué
entonces que me volví hacia ti, Estrella del
Sur, orgullosa en tu gloria lejana. Y ahora
me será más querida tu luz, porque lo que
me

traes de más magnificante a través del cielo
nocturno, es la alegría de mi corazón, y yo
prefiero

tu discreto y lejano resplandor a esa llama
cercana pero más fría!

1827.

EL DÍA MÁS FELIZ

El día más feliz, la hora más dichosa, los ha
conocido mi corazón agotado y marchito;
pero
siento que ha desaparecido ya mi más alta
esperanza
de orgullo y de poderío.

¿He dicho de poderío? Sí. Pero desde hace
largo tiempo, ¡ay de mí! se han desvanecido
los bellos ensueños de la juventud; han pa-
sado
ya: dejémoslos que se desvanezcan!

Y tú, orgullo, ¿qué haré de ti ahora? Otra
frente puede bien heredar el veneno que me
has dado. Que por lo menos mi espíritu
permanezca
tranquilo.

El día más hermoso, la hora más feliz que mis

ojos hayan visto y hayan podido ver jamás,
mi más brillante mirada de orgullo y de poderío,
todo eso ha existido pero ya no existe; yo lo siento.

Y si esa esperanza de orgullo y de poderío me fuera ofrecida ahora acompañada de un dolor semejante al que experimento, no quisiera revivir esa hora brillante.

Porque bajo su ala llevaba una oscura mezcla y mientras volaba, dejaba caer una esencia todopoderosa para consumir un alma que tan bien la conocía.

1827.

IMITACIÓN

Una ola insondable de invencible orgullo,
un misterio y un sueño, tal debió parecer mi
primera edad. Yo añado que ese sueño esta-
ba
atravesado por un pensamiento huraño,
siempre
despierto, de seres que han existido, y que
mi
espíritu no hubiera apercibido jamás si los
hubiera dejado pasar cerca de mi, bajo mi
ensoñadora
pupila. Que ningún otro, acá abajo,
herede esta visión de mi espíritu, de esos
pensamientos
que a cada instante quisiera dominar
y que se extienden como un hechizo sobre
mi
alma. Porque, al fin, esa brillante esperanza
y ese tiempo liviano se han ido, y mi reposo
terrestre, me ha dejado, él también, con un

suspiro, al pasar. Entre tanto, no me preocupo
de que él perezca con un pensamiento que
entonces amaba....!

1827.

LAS CAMPANAS

I

Por el aire se dilata
alegre campanilleo...

Son las campanas de plata
del trineo...

¡Oh, qué mundo de alegría expresa su me-
lodía!

¡Qué retintín de cristal
en el ambiente glacial!

Mientras las luces astrales
que titilan en los cielos
se miran en los cristales
de los hielos,

y sube la nota única
como un ágil rima rúnica

que allá en la noche serena
va dilatando sus ecos por el último confín,
y la campanilla suena
dilín, dilín...
¡Melodiosa y cristalina
suena, suena,
suena, suena, suena, suena
la nota ágil y argentina
con metálico y alegre y límpido retintín!

II

¡Escuchad! Un dulce coro
puebla la atmósfera toda:
son las campanas de oro
de la boda.
¡Qué mundo de venturanza la plácida nota
lanza
Su voz como una caricia
o como un suave reproche
desgrana en la calma noche
las perlas de su delicia.

Son las áureas notas una fuente de ledo

murmullo

o el enamorado arrullo de la tórtola: la Luna

en la dormida laguna vierte miradas de pla-

ta,

y en el éter y en las linfas palpita la serena-

ta...

¡Y cómo en el aire flota

la áurea nota!

¡Cómo brota,

cual dice la dicha ignota,

en el balsámico efluvio de noche primaveral!

¡Y cuán dulce y cuán sonoro,

—din dan, din dan—,

es el coro,

—din dan, din dan—,

de la campana de oro,

que en su lengua musical

celebrando está el misterio de la noche nup-

cial.

III

¡Turba el nocturno sosiego

súbita alarma, y entonces

a gran campana de bronce

toca a fuego!

¡Qué terrífica pavora la siniestra nota augu-

ra!

Es desesperado ruego

desgarrador y tenaz

al rojo elemento ciego

cada instante más frenético, cada instante

más voraz!

En indescriptible pánico

el cataclismo volcánico

con raudo impulso titánico

avanza, la campanada alarido es de terror;

sigue el bronce, sigue el bronce con su cla-

moroso estruendo

diciendo

cuál crece el peligro horrendo,

cuál se inflama

la llama,

y la Luna como forma de sangriento ta-

bernáculo,

alumbra el rojo espectáculo

en su fantástico horror.

Y el bronce alarmante clama,

clama, clama

como se extiende la injuria

del incendio y crece en furia,

y es ya locura el pavor...

Bajo cielos escarlatas se extiende inflamado manto,

el espanto

en tanto

crece, y sigue la campana de su rebato el

clamor.

¡Y en ese rebato armígero,

—dan dan, dan dan—,

crece el estrago flamígero

—dan dan, dan dan—,

al són violento que dan
las campanas de la torre que tocando a fuego
están!

IV

Dobla y dobla lentamente
negra campana de hierro
que invita con són doliente
al entierro.

¡Qué solemnes pensamientos despiertan
esos acentos!

Del lento y triste sonido
cada toque, cada nota
en el vago viento flota
como doliente gemido,
y de la noche en la calma
el melancólico són,
siente estremecida el alma
cual solemne admonición.

¡Se desprenden esos dobles lúgubres y fune-
rarios

de los altos campanarios
en fúnebre vibración;
en esos dobles alienta algún espíritu irónico
que a cada nota que zumba,
con agrio gesto sardónico
rueda implacable y derrumba
y oprime con todo el peso de la piedra de
una tumba
el humano corazón!
¡Quienes tañen las campanas de los toques
funerales
no son pobres campaneros, no son sencillos
mortales,
son espectros sepulcrales!
¡Y es el Rey de los espectros quien toca con
más tesón!
Pausado, implacable, lento
su toque a cada momento
resuena como un lamento
pregonando la hora única

en extraña rima rúnica,
y parece que sintiera intenso placer diabólico
co
en este toque simbólico
de muerte y desolación.
—Din dan, din don—,
—din dan, din don—,
dobla, dobla el són monótono, dobla el toque
funeral,
y el Rey espectro su gozo
refina en este sollozo,
en este intenso suspiro
que en su giro
remeda el doble augural
que va recordando al hombre de su existencia
el final.
El toque sigue y no cesa
y vibra en el alma opresa
sordamente como un cuerpo que cayera en
una huesa...

—¡Din dan, din don—,
resuena en el corazón,
—din dan, din don—,
de la campana que dobla el lento y lúgubre
són!

ULALUME

I

Los cielos cenicientos y sombríos,
crespas las hojas, lívidas y mustias,
y era una noche del doliente octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas,
era en las tristes márgenes del Auber,
el lago tenebroso de aguas mudas,
ante los bosques tétricos del Weir,
la región espectral de la pavura.

II

A solas con mi alma, recorría
avenida titánica y oscura
de fúnebres cipreses... con mi alma,
con Psiquis, alma que, al misterio turba...

Era la edad del corazón volcánico
como las llamas del Yanek sulfúreas,
como las lavas del Yanek que brotan
allá del polo en la región nocturna.

III

Pocas palabras nos dijimos, era
como una confidencia íntima y muda;
palabras serias, pensamientos graves
que la memoria para siempre turban;
no recordamos que era el triste octubre,
que era la noche (¡noche infausta y única!)
no recordamos la región del Auber
que tanto conoció mi desventura,
ni el bosque fantasmático del Weir,
la región espectral de la pavorosa.

IV

Y cuando la noche ya avanza
de estrellas al vago tremer,
al fin de la oscura avenida
un lánguido rayo se ve,

fulgor diamantino que anuncia
de fúnebre velo al través,
que emerge de nube fantástica
la Luna, la blanca Astarté.

V

Y yo dije a mi alma: «Más que Diana ardiente, aquella misteriosa Luna
rueda al través de un éter de suspiros;
lágrimas de su faz una por una
caen donde el gusano nunca muere.

Para mostrarnos la celeste ruta
y el alma imperio de la paz Letea
atrás dejó al león en las alturas,
del león las estrellas traspasando,
del león a despecho, ora nos busca
y sus miradas límpidas y dulces
son las miradas que el amor anuncian.»

VI

Mas Psiquis dijo señalando al Cielo:
«La palidez de ese astro me conturba;
pronto, huyamos de aquí, pronto, es preci-

so.»

Y de sus alas recogió las plumas
con intenso terror, y sollozando,
presa de pronto de invencible angustia
plegó las alas, hasta el polvo frío lentas dejando descender las plumas.

VII

Y yo le dije: «Tu terror es vano,
sigamos esa luz trémula y pura,
que nos bañen sus rayos cristalinos,
sus rayos sibilinos que ya auguran
e irradian la belleza y la esperanza.
Mira: la senda de los cielos busca;
sigamos sin temor sus limpios rayos
que ellos a playa llevarán segura,
sigamos esa luz limpia y tranquila
a través de la bóveda cerúlea.

VIII

Tranquilité a mi Psiquis, y besándola,
de su mente aparté las inquietudes
y sus zozobras disipé profundas,

y convencerla que siguiera pude.
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca
llegara! Al fin de la avenida lúgubre
nos detuvo la puerta de una tumba
(¡oh, triste noche del lejano octubre!)
nos detuvo la losa de una tumba,
de legendario monumento fúnebre.
¡Oh, hermana!—dije—¿Qué inscripción con-
fusa
en la sellada losa se descubre?
Respondiome: «Ulalume», esta es su tumba,
¡la tumba de tu pálida Ulalume!

IX

Quedó mi corazón como ese Cielo
ceniciento, como esas hojas mustias,
como esas hojas yertas y crispadas...
¡Ay! pensé: el mismo octubre fué, sin duda
fué en esa misma noche cuando vine
al través del horror y de la bruma
aquí trayendo mi doliente carga...

¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!

¡Oh! ¿Qué infernal espíritu me trajo

a esta región fatal de la tristura?

Bien reconozco el mudo lago de Auber,

y esta comarca que el horror anubla, y el bosque fantasmático de Weir,

la región espectral de la pavora!

ESTRELLAS FIJAS

(TO HELEN)

I

Te vi un punto;

era una noche de julio, noche tibia y perfu-

mada,

noche diáfana,

de la Luna plena y límpida,

límpida como tu alma,

descendían

sobre el parque adormecido gráciles velos de

plata;

ni una ráfaga

el infinito silencio

y la quietud perturbaban;
en el parque
evaporaban las rosas los perfumes de sus
almas,
para que los recogieras
en aquella noche mágica;
para que tú lo aspiraras su último aliento
exhalaban,
como en una muerte extática;
y era una selva encantada,
y era una noche de ensueños y claridades
fantásticas!

II

¡Toda de blanco vestida,
toda blanca
sobre un banco de violetas
reclinada
te veía,
y a las rosas moribundas y a ti una luz tenue
y diáfana

alumbraba

luz de perla diluida

en un éter de suspiros y de evaporadas

lágrimas!

III

¿Qué hado extraño

(¿fué ventura, fué desgracia?)

me condujo

aquella noche hasta el parque de las rosas que exhalaban

los suspiros perfumados

de su alma?

Ni una hoja

susurraba;

no se oía

una pisada,

todo mudo,

todo en calma,

todo en sueño

menos tú y yo (¿cuál me agito al unir las dos

palabras!)

menos tú y yo. De repente

todo cambia.

De la Luna la luz límpida, la luz de perla se

apaga,

el perfume de las rosas muere en las dormi-

das auras,

los senderos se oscurecen

expiran las violas castas,

menos tú y yo, todo huye, todo muere, todo

pasa...

¡Todo se apaga y se extingue menos tus

hondas miradas,

tus dos ojos donde arde

tu alma!

Y sólo veo entre sombras aquellos ojos...

¡Oh, amada!

¡Qué tristezas extrahumanas,

qué irreales

leyendas de amor relatan!

¡Qué misteriosos dolores,

qué sublimes esperanzas,
qué mudas renunciaciones
expresan aquellos ojos que en las sombras fi-
jan en mí sus miradas!

IV

¡Noche oscura,
ya Diana
entre turbios nubarrones hundió la faz pla-
teada;
y tú sola
en medio de la avenida
funeraria,
te deslizas
ideal, mística y blanca,
te deslizas y te alejas incorpórea cual fan-
tasma;
sólo flotan tus miradas,
sólo tus ojos perennes,
tus ojos de hondas miradas
fijos quedan!

A través de los espacios y los tiempos mar-
can, marcan
mi sendero, y no me dejan cual me dejó la
esperanza.

¡Van siguiéndome,
siguiéndome
como dos estrellas cándidas,
cual fijas estrellas dobles en el Cielo apare-
das!

En la noche
solitaria
purifican con sus rayos y mi corazón abra-
san

y me prosterno ante ellos con adoración
extática;
y en el día
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza;
por todas partes me siguen mirándome fija-
mente
en mi espíritu clavadas...

¡Misteriosas y lejanas
me persiguen tus miradas
como dos estrellas fijas, como dos estrellas
tristes,
como dos estrellas blancas!

DREAMLAND

I

En una senda abandonada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
una extraña Deidad la negra Noche
ha erigido su trono solitario;
allí llegué una vez; crucé atrevido
de Thule ignota los contornos vagos
y al Reino entré que extiende sus confines
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

II

Valles sin lindes, mares sin riberas,
cavernas, bosques densos y titánicos,
montañas que a los cielos desafían
y hunden la base en insondables lagos,

en lagos insondables siempre mudos
de misteriosos bordes escarpados,
gélidos lagos, cuyas muertas aguas
un Cielo copian tétrico y extraño.

III

Orillas de esos lagos que reflejan
siempre un Cielo fatídico y huracán
cerca de aquellos bosques gigantescos,
enfrente de esos negros océanos,
al pie de aquellos montes formidables,
de esas cavernas en los hondos antros,
vense a veces fantasmas silenciosos
que pasan a lo lejos sollozando,
fúnebres y dolientes... ¡son aquellos
amigos que por siempre nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

IV

Para el alma nutrida de pesares,
para el transido corazón, acaso

es el asilo de la paz suprema,
del reposo y la calma en Eldorado.
Pero el viajero que azorado cruza
la región no contempla sin espantos
que a los mortales ojos sus misterios perennemente seguirán sellados,
así lo quiere la Deidad sombría
que tiene allí su imperio incontrastado.

V

Por esa senda desolada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
senda fatal donde la Diosa Noche
ha erigido su trono solitario,
donde la inexplorada, última Thule
esfuma en sombras sus contornos vagos,
con el alma abrumada de pesares,
transido el corazón, he paseado...
¡He paseado en pos de los que huyeron
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

EL CUERVO

Una fosca media noche, cuando en tristes re-

flexiones,

sobre más de un raro infolio de olvidados

crónicas

inclinaba soñoliento la cabeza, de repente

a mi puerta oí llamar:

como si alguien, suavemente, se pusiese con

incierta

mano tímida a tocar:

«Es—me dije—una visita que llamando está

a mi puerta:

eso es todo, ¡y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes

del hielo,

y su espectro cada brasa moribunda enviaba

al suelo.

Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lec-

tura

procurando en vano hallar

tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,

la radiante, la sin par

virgen pura a quien Leonora las querubes

llaman hora

ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas col-
gaduras

me aterraba, me llenaba de fantásticas pavu-
ras,

de tal modo, que el latido de mi pecho palpi-
tante

procurando dominar,

«es, sin duda, un visitante—repetía con ins-
tancia—

que a mi alcoba quiere entrar;

un tardío visitante a las puertas de mi estan-
cia...

eso es todo, ¡y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos

fué mi espíritu cobrando:

«Caballero—dije—o dama:

mil perdones os demando;

mas, el caso es que dormía,
y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza
y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar
que no oí»—dije—y las puertas
abrí al punto de mi estancia;
¡sombras sólo y...
nada más!
Mudo, trémulo, en la sombra por mirar
haciendo empeños,
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjan-
do sueños;
más profundo era el silencio, y la calma no
acusaba
ruido alguno... Resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz ba-
ja a aquella hora
yo me puse a murmurar,

y que el eco repetía como un soplo: ¡Leono-
ra!...

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en tur-
bulencia

pronto oí llamar de nuevo—esta vez con
más violencia,

«De seguro—dije—es algo que se posa en mi
persiana;

pues, veamos de encontrar

la razón abierta y llana de este caso raro y
serio

y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el
misterio...

—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y gar-
bo extraño

entró un cuervo majestuoso de la sacra edad
de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de
susto,
con aspecto señorial,
fué a posarse sobre un busto de Minerva que
ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura repre-
senta,
fué y posose—¡y nada más!
Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas
mi tristeza
con su grave, torva y seria decorosa gentile-
za;
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de
seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en
la tiniebla...
Dime:—«¿Cuál tu nombre, cuál
en el reino plutoniano de la noche y de la

niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al ave-
chucho,

si bien su árida respuesta no expresaba poco
o mucho;

pues preciso es convengamos en que nunca
hubo criatura

que lograrse contemplar

ave alguna en la moldura de su puerta enca-
ramada,

ave o bruto reposar

sobre efigie en la cornisa de su puerta, cince-
lada,

con tal nombre: «¡Nunca más!»

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efi-
gie aquella,

sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en
ella

vinculada—ni una pluma sacudía, ni un

acento

se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se
han marchado,
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños
han volado.»

Dijo el cuervo:»¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sor-
prendido,
«no hay ya duda alguna—dije—lo que dice
es aprendido;
aprendido de algún amo desdichoso a quien
la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto
de, en su duelo,
sus canciones terminar,
y el clamor de la esperanza con el triste ri-
tornelo

de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a

la sonrisa

mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto,

a la cornisa;

luego, hundiéndome en la seda, fantasía y

fantasía

dime entonces a juntar,

por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso

so

de un pasado inmemorial,

aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre

y odioso

al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé a questo, investigando frente al cuervo

en honda calma,

cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho

y alma.

Esto y más—sobre cojines reclinado—con

anhelo

me empeñaba en descifrar,
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminoso mi fanal—
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá
ella

a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire entonces,
por incógnito incensario
que un querube columpiase
de mi alcoba en el santuario,
perfumado—«Miserable sér—me dije—Dios
te ha oído

y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de
Leonora

te ha venido hoy a brindar:
¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida
ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende,

mas profeta al fin, ya seas
ave o diablo—ya te envíe
la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa,
desolado
pero intrépido a este hogar
por los males devastado,
dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que
triste lloro?»
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»
«Oh, profeta—dije—o diablo—Por ese ancho
combo velo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios
del Cielo
a quien ambos adoramos, dile a esta alma
adolorida,
presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora

a mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz,

oh, cuervo, sea

la señal

de la partida,

grité alzándome:—¡Retorna,

vuelve a tu hórrida guarida,

la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...

de tu horrenda falsedad

en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El

busto deja!

¡Deja en paz mi soledad!

Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu

forma aleja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la
escultura,

sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...

y sus ojos son los ojos de un demonio que,

durmiendo,

las visiones ve del mal;

y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arro-

ja, trunca

su ancha sombra funeral,

y mi alma de esa sombra que en el suelo flo-

ta... ¡nunca

se alzará... nunca jamás!

fin

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de dominio público en
castellano en nuestra web**